

ISSN: 1139-0107

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

16/2013

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Daniel Neep, *Occupying Syria under the French Mandate. Insurgency, Space
and State Formation*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012
(Francisco Javier Caspistegui)



Universidad
de Navarra

Daniel Neep, *Occupying Syria under the French Mandate. Insurgency, Space and State Formation*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012. XIII+230 pp. ISBN: 9781107000063. 78.05€

Introduction (pp. 1-4). I. Rethinking colonial violence (pp. 5-19). II. The architecture of the colonial state (pp. 20-38). III. Political rationalities of violence (pp. 39-65). IV. Time, science and space (pp. 66-100). V. Rebel movements and the Great Revolt (pp. 101-130). VI. Urban planning, hygiene and counter-insurgency (pp. 131-64). VII. Nomad space: securing the desert (pp. 165-98). Conclusion (pp. 199-210). Bibliography. Index.

La guerra civil de comienzos de la segunda década del siglo XXI ha puesto de manifiesto de nuevo la fragilidad del levante mediterráneo y las dificultades para la consolidación de poderes estables. Pero más allá de la evidencia de los problemas surge la necesidad de comprender los mecanismos situados detrás de esa conflictividad, lo que lleva necesariamente a una mirada al pasado. Y en ella encontramos la presencia de unas potencias coloniales que bajo la forma jurídica de un mandato de la Sociedad de Naciones, se asentaron sobre el territorio sustituyendo al derrotado imperio Otomano (en Siria entre 1920 y 1946). En ese espacio se inscribe el libro de Daniel Neep, que trata de ser una visión alternativa a la historia del colonialismo, tradicionalmente considerado como un apéndice en la historia de la modernización occidental. Esta propuesta alternativa se centra en la violencia aneja a la colonización, que ocupa buena parte del interés del autor, al considerarla como la vía principal de la modernidad en el mundo colonial, en este caso en Siria. Desde esta posición crítica cuestiona las vías que se han seguido para el análisis de ese objeto histórico concreto a través de las distintas ciencias sociales. De hecho, llama la atención sobre la escasa atención prestada desde occidente a las experiencias históricas de los no occidentales. Juega en ello la percepción de una otredad radical, la asunción del papel modernizador de Europa frente al atrasado resto del mundo, que debía asemejarse al modelo que se le planteaba para alcanzar las mismas ventajas. Aunque el paternalismo previo haya dejado de ser hoy evidente, persiste la convicción de que la modernidad comenzó en Europa y desde ella se expandió a través del dominio imperial. Era una forma de justificar la necesidad del colonialismo para lograr una modernidad universal. No es de extrañar, por tanto, que dentro de este esquema se justificasen diversas formas de violencia como vía para someter el primitivismo de los colonizados.

Es en este ámbito en el que se centra este libro: los principios elementales, las racionalidades formales y las convenciones organizativas que estructuran, ordenan y gobiernan las prácticas de la violencia desde dentro. Aunque reconoce elementos similares al análisis de Foucault sobre la gubernamentalidad, tam-

bién se distancia de él, centrándose en mecanismos como las tecnologías gubernamentales, incluyendo prácticas como los discursos de progreso (francés) y primitivismo (sirio); la cuantificación de los muertos y de la destrucción física; la aplicación de principios científicos a las artes de la guerra; la relación indirecta entre la doctrina militar abstracta y las operaciones militares concretas; las técnicas, categorías y clasificaciones usadas por la inteligencia militar para comprender a la sociedad siria; la compartimentalización del espacio militar; y la regulación militar del movimiento.

Todo el entramado colonial partiría de la premisa de que el estado podía y debía transformar la sociedad indígena para hacerla más gobernable y moderna. Y ese fue el objetivo de los mandatos de la Sociedad de Naciones en el extremo del Mediterráneo. Se trataba de transformar el viejo imperio otomano de acuerdo a los nuevos principios establecidos tras la Primera Guerra Mundial, pero como el tránsito a estados modernos no podían hacerlo por sí solos, era precisa la ayuda de agentes modernizadores. De hecho, así lo recogía el artículo 22 del tratado de constitución de la Sociedad de Naciones (Versalles, 28 de junio de 1919), al hablar de territorios «que, a raíz de la guerra, han cesado de hallarse bajo la soberanía de los Estados que los gobernaban anteriormente y que son habitados por pueblos aun incapaces de regirse por sí mismos en las condiciones particularmente difíciles del mundo moderno. El bienestar y desarrollo de esos pueblos constituye una misión sagrada de civilización. [...] El mejor método para realizar prácticamente este principio consiste en confiar la tutela de esos pueblos a las naciones adelantadas que, gracias a sus recursos, su experiencia o su posición geográfica, están en mejores condiciones para asumir esta responsabilidad y que consienten en aceptarla».

Sancionada internacionalmente su presencia, se trataría de responder a la pregunta de por qué Francia estaba interesada en Siria, y la respuesta vendría de su papel como protector religioso de los católicos del medio Este desde el s. XVII; por haber sido el primer inversor en el imperio Otomano antes de la guerra y tener una importante cantidad de deuda pública otomana. Por ser inversores franceses quienes controlaban la seda del Líbano y amplias zonas agrícolas. Y, por último, por un interés estratégico, no debido a la repercusión sobre la propia Francia, sino por evitar la presencia británica.

A partir de una presencia de carácter básicamente militar, se inició la labor de modernización, que aunque contaba con lo que los propios otomanos habían realizado previamente, se inspiró en la política francesa sobre Marruecos, basada en el «divide y vencerás» que llevó a cabo el general Hubert Lyautey y en un conocimiento profundo de la sociedad marroquí, así como en la aplicación de la violencia. Desde el comienzo se pensó proceder de la misma manera en Siria, aunque en este caso las revueltas, escasamente nacionalistas hasta 1925, hicieron más compleja la puesta en práctica de medidas civiles. La aplicación de la violencia como agente modernizador, bien de forma automática, bien como

RECENSIONES

respuesta a la resistencia de los colonizados, se apoyaba por un lado en la percepción de la inferioridad y el primitivismo de los receptores (lo que justificaba el empleo de la fuerza como argumento único, al considerar que un rasgo esencial de ese primitivismo era la violencia innata) y, por otro, en un nuevo instrumento de análisis que era el empleo del concepto «sociedad», distinto al estado, con sus propias dinámicas y ritmos naturales que podían llegar a ser descubiertos mediante un análisis científico. El conocimiento de las leyes sociales permitiría, por tanto, identificar las teclas que era necesario pulsar para conducir a la sociedad en la dirección requerida por el estado, convencido de la necesidad de su intervención en todos los aspectos de esa sociedad. Una consecuencia de ello es que la oposición a estas medidas planificadoras y correctoras, civilizadoras en definitiva, se entendía como un fenómeno moral que solo podía solventarse mediante la conveniente aplicación de lo que en el s. XIX se calificó como violencia punitiva (*châtiment*) y ya en el s. XX como pacificación. Este modelo defendía la necesidad de moldear la plasticidad del paisaje social de manera que se hiciera dócil al nuevo orden y al control del colonizador.

Como puede apreciarse, toda aplicación de medidas sobre los territorios del mandato partía de la necesidad de un conocimiento de cultura, religión e historia que justificara la calificación de los colonizados como primitivos. Además, se trataba de mostrar la capacidad de ejercer la violencia de manera pública (ahorcamientos, exhibición de los ejecutados, demolición de casas, etc.). «Submission to French will was evidence of a modern, rational mentality; refusal was continuing proof of the primordial, xenophobic urges which irrationally welled up in the Syrian population» (p. 58). La violencia colonial francesa se consideraba, por tanto, socialmente progresiva, mientras que la violencia siria se veía como anti-social, un bandidismo retrógrado. Por otro lado, si la primera estaba racionalmente ordenada y controlada por técnicas científicas, la de los rebeldes sirios aparecería como imprecisa e indisciplinada, instintiva y salvaje, es decir, necesitada de una urgente modernización que le pusiera fin. No concibieron los franceses que la rebeldía pudiera tener un sentido político, aunque de hecho, al amparo de esa violencia, creció con fuerza un nacionalismo que en muchas ocasiones buscó sustento ideológico en principios que partían de la Revolución Francesa y se apoyaron en las normas jurídicas que habían impulsado la creación del Mandato. Los rebeldes sirios buscaron ordenar y regular sus propuestas como el mejor método para hacer frente a las percepciones francesas sobre ellos, pero al no lograr adoptar unos sistemas que les eran ajenos, sus reivindicaciones y protestas ni siquiera fueron tenidas en cuenta. Más que elementos de entendimiento, los recursos del cientifismo sirvieron como factor de exclusión.

Señala Daniel Neep que uno de los elementos básicos de la presencia francesa fue la percepción del territorio y de la acción sobre él. De hecho fue el movimiento, no la ocupación, la base de la campaña militar francesa contra los rebeldes sirios durante los años veinte. Las *Troupes du Levant*, más que ocupar,

RECENSIONES

querían controlar el movimiento a través de la geografía, montañosa por un lado aunque abarcable mediante la observación y cartografiado, desértica por otro, más difícil de someter a norma y control, en lo geográfico y en lo humano. Sin embargo, las fuerzas rebeldes hicieron inviable la forma tradicional de guerra colonial que los franceses trataron de aplicar. Ante su constante movimiento, las tropas coloniales se convirtieron en un reflejo de aquellos. La columna, escasamente útil, hubo de adaptarse a los movimientos continuos. Además, esta movilidad y la necesidad de adaptarse a ella hizo que variasen los horizontes espaciales y temporales y que se crearan diferentes visiones del espacio socio-geográfico: cartografía, reconocimiento aéreo y obtención de información variaron al divergir los métodos entre las viejas columnas y las nuevas unidades móviles. Pero además había otro espacio sobre el que plantear el dominio colonial: el urbano, al que se trataron de aplicar principios y percepciones para conseguir su control. De ahí el interés por el urbanismo y la seguridad, que en ambos casos se aplicó a Siria, fortificando y reorganizando espacios con el fin de protegerlos del primitivismo activo de los rebeldes, tanto como de las prácticas retrógradas que se consideraban inherentes a los colonizados, comenzando por la limpieza. En todos esos procesos el recurso a la violencia fue constante, pues, como señala en la conclusión, «physical violence is not a relic from a bygone age or some evolutionary throwback to a more primitive state of existence, but an integral part of our modern civilisation from which we can neither distance nor disassociate ourselves» (p. 210). Aunque no podamos establecer una conexión directa entre modernidad y violencia, es evidente que la implantación de la idea de modernización ha ido muchas veces de la mano de la violencia y de la imposición. Tal vez cuando analicemos situaciones como la guerra civil en Siria de la segunda década del siglo XXI hayamos de tener presente que una parte de los mecanismos de sometimiento en uso por las diversas facciones en combate, están inspirados en lo que se les aplicó no hace aún ni un siglo por quienes considerándose civilizados trataron de remediar lo que consideraban primitivo. Tal vez la historia no enseñe, o mejor, tal vez no aprendamos de la historia, pero es evidente que ayuda a reflexionar.

Daniel Neep es Assistant Professor de Política árabe en el Center for Contemporary Arab Studies en la School of Foreign Service, Georgetown University. Este libro que se reseña parte de su tesis doctoral, además de lo cual ha publicado diversos artículos en revistas especializadas como *International Journal of Middle East Studies* o *Middle East Policy*.

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra